

que tenia el pulso muy malo, y algo trastornada la cabeza, lo que no duró mucho. Habiendo vuelto en sí y creyendo él mismo que estaba de bastante peligro, pidió el Viático, y le recibió, como tambien la Estremaucion, con los mayores sentimientos de piedad y con la mas perfecta libertad de espíritu. Hacía por sí mismo los actos de las virtudes cristianas y respondía á todas las oraciones de la Iglesia.

Poco despues se le miraron las piernas, y se hallaron en ellas muchas manchas que indicaban gangrena interna. Como habia mandado que no se le ocultase nada, comprendió que le quedaba poco tiempo de vida. Entonces dió sus últimas disposiciones, no como hombre que iba á morir, sino como si estando sano y bueno hubiese mandado una expedicion militar, ó dado una instruccion politica. Comunicó sus designios á los varios ministros; coordinó y revisó sus papeles secretos, y quemó los inútiles, comprendiendo entre ellos algunos que tenia en los bolsillos y podian indisponer á los ministros. Habiendo entrado en su cuarto el duque de Orleans, á quien habia enviado á llamar, estuvo hablando con él á solas mas de un cuarto de hora, y le dijo en alta voz: «Sobrino mio, te he conservado en mi testamento todos los derechos que te corresponden por tu sangre. Sirve al Delfin con la misma fidelidad con que me has servido á mí. He tomado las disposiciones que me han parecido mas necesarias; pero como no es posible preveerlo todo, si hay algun artículo que no esté bien, podrá variarse.» Abrazándole despues con ternura; «ama (le dijo) y protege sobre todo á la Religion: esta es la única cosa sólida.» Llamó luego á los demas príncipes de la sangre; y aunque no se supo lo que les habia dicho, les habló de un modo tan apasionado y tan noble, que salieron todos de su cuarto bañados los ojos en lágrimas, y con no menos señales de admiracion que de sentimiento.

El día siguiente se creyó que convendría hacerle incisiones en una pierna. Fué larga la operacion, y como se tocaba á la carne viva, llegando hasta los huesos, es necesario que fuese muy dolorosa. Sin embargo, fué tal su firmeza, que el médico que le estaba tomando el pulso no halló en él la menor alteracion. Se conoció sin ningun género de duda que la gangrena procedia del interior, y que la enfermedad era incurable. El augusto enfermo habia exigido que los médicos se esplicasen claramente. Lloraban todos los circunstantes; solo el monarca estaba sereno, y hablaba de su situacion como si se tratase de otra persona, con tal desembarazo y con la propiedad y exactitud que le eran naturales.

Hecha la operacion, mandó que entrase el Delfin. Se enterneció al verle, le acarició y le dijo: «Hijo mio, vas á ser un gran rey, pero solo serás feliz en cuanto estés sujeto á la voluntad de Dios y mires por el bien de tus pueblos. Haz todo lo posible por evitar la guerra que es la ruina de los pueblos. Yo conozco ahora, y lo siento, que muchas veces la he declarado con ligereza, y la he sostenido por vanidad. No sigas mi ejemplo.» Dichas estas palabras, le abrazó dos veces con ternura, y al retirarse el príncipe, levantó el rey los ojos al cielo y le echó la bendicion. Despues de la misa que se le dijo en su cuarto y que oyó con la misma atencion que si no hubiera estado enfermo, mandó á los grandes y á las demas personas que se hallaban presentes que se acercasen á la cama, y esforzando la voz les dijo: «Señores, os doy gracias por la fidelidad y afecto con que me habeis servido. Os pido perdon por los malos ejemplos que os he dado. Siento separarme de vosotros, y que las circunstancias de estos últimos tiempos no me hayan permitido reconpensaros como merecís. Amad al Delfin del mismo modo que me habeis amado á mí. Es un niño de cinco años que queda espuesto á muchos contratiempos. Oh, y cuántos he padecido yo tambien en mi

juventud! Yo me voy, pero queda el Estado. Continúa dando ejemplo de fidelidad para que aprendan de vosotros los demas vasallos. Estad todos bien unidos, porque la union es la fuerza del Estado. Pero yo me enternezco y os hago enternecer tambien á vosotros. A Dios, señores: acordaos de mí alguna vez.»

Lloraban amargamente todos aquellos á quienes se habian dirigido estas palabras, cuando entraron las princesas de la sangre mas desconsoladas que otro alguno. Gemian, sollozaban y daban gritos penetrantes; mas lejos de inquietarse el rey, se sonrió y las dijo: «No habeis de gritar como si fuérais unas niñas.» Se acercaron á la cama, y dió á cada una la instruccion que la convenia. A dos de ellas que estaban desavenidas, las exhortó á que se reconciasen, y lo ejecutaron al instante.

Yendo el mal en aumento desde el día 26 del mismo mes, tuvo el enfermo movimientos convulsivos y parecia que le flaqueaba la cabeza; pero volvía en sí siempre que se le hablaba de Dios, y para hacerlo de cuando en cuando no se apartaba de la cabecera su confesor el P. Tellier. Como aquel príncipe sagaz é inflexible, á pesar de los clamores de la heregia y de la impiedad, habia apreciado constantemente á los jesuitas, quiso darles el último testimonio de su afecto. El día 27 mandó llamar al marqués de Pontchartrain, y le dijo: «Luego que haya muerto, pondrás un oficio para que se lleve mi corazón á la casa profesa de los jesuitas, y harás que le coloquen allí del mismo modo que el del rey mi padre.» A cada paso hablaba de lo que debia ejecutarse despues de su muerte: hacia conversacion de su sucesor, llamándole el joven rey; y como nadie se atreviese á usar de esta palabra: «¿A qué viene esa delicadeza? decía. Nada me incomoda eso.» Dijo á madama de Maintenon: «Siempre he oído decir que era muy sensible á la muerte. Sin embargo, he llegado á este momento tan formidable para los hombres, y

no me parece que sea esto tan doloroso. Siento dejaros (añadió manifestándole mucha amistad y aprecio), pero confio que pronto volveremos á vernos.»

Al día siguiente cayó en una postracion, de cuyas resultas se creyó que iba á morir. Recuperado algun tanto, vió por los cristales que estaban llorando á los pies de la cama dos jóvenes que asistian en su cuarto, y les dijo: «¿Por qué llorais? ¿Pues qué, habiais creído que yo era inmortal? Por lo que á mí toca, jamás he pensado serlo, y hace mucho tiempo que vosotros debiais estar preparados para este lance.» Despues de haber oído misa con la atencion acostumbrada, mandó llamar al cardenal de Roan y al obispo de Meaux que acababa de recibir el capelo, y les habló en estos términos: «Yo quisiera haber dado fin á los disturbios de la Iglesia; pero no lo ha permitido Dios, que lo ordena todo á su gloria, y sin duda quiere valerse de otra mano que le sea mas agradable que la mia. Por mas puras que hayan sido mis intenciones, quizá habrá creído el público que obraba yo por preocupacion, ó por hacer alarde de mi autoridad. Bien sabe Dios que no es así. Continúa vosotros sosteniendo la causa de su Iglesia con el celo que habeis mostrado siempre, y acordaos de mí alguna vez en la celebracion del santo sacrificio. Yo muero en la fe católica, apostólica, romana. Toda mi vida he profesado sinceramente la Religion de mis padres, y lejos de abandonarla á la hora de la muerte, quisiera mas bien perder mil veces la vida.» Se le preguntó si conservaba algun resentimiento contra el cardenal de Noailles. «Venga ahora mismo si quiere (respondió), y le abrazaré con todo mi corazón, siempre que convenga en obedecer á la Santa Sede; porque quiero, añadió repitiendo la profesion de fe, morir católico, apostólico, romano.»

En fin, los tres ó cuatro días que vivió despues, fueron una materia de edificacion, la cual, á pesar de su debilidad estremada,

parecía que iba en aumento al paso que se acercaba el fin de su carrera. Proponiéndole que tomase un caldo, dijo: «No es eso lo que yo necesito: solo debo tratar de mi salvacion: llamad al confesor.» Le llamaron, y volvió á recibir la absolucion. Sin embargo, le presentaron un poco de vino de Alicante, mezclado con un elixir, que al parecer le corroboraba algo. Le tomó, y dijo: «No es por la esperanza ni por el deseo de curar; pero sé que en el estado en que me hallo, tengo obligacion de obedecer al médico.» Le explicó el confesor las palabras de la salutacion angélica *Nunc et in hora mortis nostrae*, y el príncipe las repetía frecuentemente con mucho consuelo: «Sí, ahora, en este instante y en la hora de mi muerte.» Se le preguntó si padecía mucho; y con un sentimiento verdaderamente heroico de penitencia, respondió: «No; y eso es lo que me aflige.» Como pretendiesen disminuirle los terrores de la muerte: «Estoy tranquilo (dijo), y no siento morir, porque espero en Dios; pero me desconsuela mucho el haberle ofendido.» Habiéndole dicho el cura párroco de Versailles que todos pedían á Dios que le conservase la vida: «De lo que se trata (replicó) es de mi salvacion, y eso es lo que deseo que pidais al Señor con todas veras.»

El día 28 se le trastornó mucho la cabeza, y dijo el mismo rey que ya no podía mas. En efecto, cundía con rapidez la gangrena, y era considerable la hinchazon. Vió S. M. este decaimiento con una resignacion perfecta á las ordenes del cielo, y repetía á cada instante los actos de las virtudes cristianas. El viernes por la noche, que era el día 30 del mes, cayó en un sopor letárgico que duró todo el sábado, y pareció que se disipaba al rezarle las oraciones de la agonía. No perdió el conocimiento en las ansias de la muerte, y dijo estas palabras, que fueron las últimas: «Dios mio, tened misericordia de mí: ayudadme, y no tardeis en socorrerme.» Despues espiró tranquilamente el domingo, día primero de setiembre de 1715,

á las ocho y media de la mañana. Habia entrado en los setenta y siete años de edad, y setenta y dos de reinado, que es el de mas duracion que se ha visto en Europa, y uno de los mas gloriosos, á pesar de todas las paradojas de la irreligion.

No es de nuestra inspeccion realzar sus cualidades militares, políticas y sociales, que no tienen que ver con la Religion, ó solo se refieren á ella de un modo indirecto. Lo único que podemos decir es, que el carácter de los que ultrajan á este grande hombre forma su mayor elogio. Sus enemigos son los enemigos del mismo Dios; y si él hubiese hecho contra la Religion lo que hizo á su favor, tendria tantos panegiristas y admiradores, cuantos son los pirrónicos y los blasfemos que deshonoran á este siglo en que se pretende ultrajarle.

Por lo que hace á las virtudes cristianas, dió pruebas de todas ellas en el momento en que no tiene el hombre ninguna razon para disimular. Además, desde sus primeros años se advirtió en este príncipe el mas profundo respeto á la Religion. Su celo constante en desterrar de sus Estados el vicio en general, y en particular el duelo ó desafio, la blasfemia y la impiedad, y en reducir al gremio de la Iglesia á los vasallos que se habian separado de ella, ó en sostener el prodigioso número de misioneros que evangelizaban en Turquía, en Persia, en las Indias, en la China y en el mundo antiguo y nuevo, será una prueba eterna de su amor á la Religion. Y en cuanto á las obligaciones propias de su estado, el orden que restableció en los tribunales, en los ejércitos, en la marina y en el sistema de la real hacienda, es una prueba del teson con que desempeñaba los cargos de su dignidad. Grande en los sucesos prósperos, lo fué aún mas en los adversos. En estos fué en los que se mostró en cierto modo superior á sí mismo, y sobre todo grande por su Religion. Agoviado de desgracias en la guerra, y afligido con la temprana muerte del Delfin, con la del duque y duquesa

de Borgña, del duque de Bretaña y del de Berry, de forma que, siendo su real familia una de las mas florecientes, apenas le quedó un débil vástago, siempre se mantuvo como una roca inmóvil en medio de las tormentas, nunca vaciló su fé, y lejos de quejarse, dijo: «Dios me castiga, pero bien merecido lo tengo. No obstante, pues me castiga en este mundo, espero que me perdonará en el otro.»

Se le han atribuido dos defectos principales, la incontinencia y la ambicion. Difícil sería justificarle en cuanto al primero; pero podemos decir que evitó cuidadosamente dar escándalo á sus vasallos, y que le cubrió con el velo de la decencia y dignidad que acompañaban á todas sus acciones; al menos logró salvar la pública honestidad. El edificó á la Francia con la penitencia que por esta ciega pasion hizo en el trono, penitencia que fué mas pública que sus desórdenes. En cuanto á la ambicion, es necesario traer á la memoria las verdaderas causas que le movieron á emprender ó sostener la mayor parte de las guerras que hizo. Luis XIII, ó por mejor decir, Richelieu, habia procurado ya humillar á la casa de Austria, que siendo dueña del imperio germánico, de España y de Italia, tenía en cierto modo bloqueada á la Francia, y era de temer que la subyugase tarde ó temprano. Hallándose Luis XIV empeñado en esta empresa antes de llegar á la edad competente para gobernar, la continuó sin duda luego que conoció su importancia, y no desistió de la guerra mientras vió que era necesaria para asegurar la tranquilidad de su reino; pero lejos de excederse, usó en muchas ocasiones de una moderacion singular. Acordémonos de lo que hizo para evitar la guerra de 1667; de su condescendencia en ofrecer una y muchas veces que se apartaria de las pretensiones que mas le interesaban con respecto á la España; de las plazas que efectivamente cedió á esta corona para moverla á ajustar la paz de Nimega; de su generosidad religiosa en levantar el bloqueo de Luxemburgo, luego que tuvo

noticia de la irrupcion de los turcos en Austria, y en suspender toda hostilidad hasta que levantasen estos infieles el sitio de Viena, y del abandono que despues de una larga serie de victorias hizo de todas sus conquistas en Riswick. Sin embargo, ya que no se propusiese ninguna idea ambiciosa ó interesada al hacer la guerra, tuvo á lo menos demasiada facilidad en emprenderla ó alguna vanidad en sostenerla. Pero con qué edificacion lo confesó él mismo en medio de su corte, y con qué resignacion aceptó, movido de un verdadero espíritu de penitencia, las terribles desgracias de sus últimos años! Luis, á pesar de sus pecados, se puede decir en alguna manera que fué, como David, un rey segun el corazón de Dios; y mereció sin duda, del mismo modo que Clodoveo, el título de defensor de la fé, que daba San Remigio al primer rey cristianísimo, y puede ser calificado de obispo exterior tan justamente como el gran Constantino, así llamado por Eusebio, á pesar de sus antiguas desavenencias con el Cefe de la Iglesia que le llamaba su hijo primogénito. Digamos, sin embargo, que en su reinado quizá fué donde se consagró la separacion de los intereses materiales y espirituales de la sociedad; sistema funesto que quita al trono una parte de su fuerza, aislandole de la Religion, privándole del auxilio que naturalmente debe sacar de esta Iglesia que es la moderadora de nuestra inteligencia y de nuestra voluntad. Así iremos viendo que á medida que se va debilitando la autoridad espiritual, van debilitándose y aflojándose tambien los lazos que unian á los súbditos con su monarca, hasta el punto de que ese trono, que Luis acababa de circundar de tanta fuerza y magestad, quede hundido en manos del mas digno de sus sucesores, con la Religion de que en vano se habia procurado separarle.

En las circunstancias en que se hallaba la Iglesia en Francia, fué una verdadera desgracia para ella la muerte de un rey que po-

seja en grado supremo el principal talento del trono, esto es, aquella dignidad natural y aquella superioridad inexplicable que sin esfuerzo y como irresistiblemente se hace reverenciar y obedecer. Luego que murió este príncipe, mostraron la mayor insolencia los novadores que antes quedaban aterrados con una sola mirada suya. Insultaron públicamente su memoria, formaron y publicaron proyectos sediciosos, perdieron el respeto á las personas constituidas en dignidad, y procuraron sembrar la discordia en todas las clases del Estado. Se vió el reino inundado de libelos, se escribía á los pueblos á que juzgasen á sus pastores, se estendió á la mayor parte de los otros cuerpos la division que reinaba en el episcopado, y aun se introdujo en algunas universidades; varios sacerdotes y religiosos sacudieron abiertamente el yugo de la obediencia: en una palabra, fué tal el desenfreno que consternados los fieles sinceros temieron estar muy próximos á padecer los lastimosos efectos del cisma.

La circunstancia de una menor edad disputada, el peligro de una guerra civil, especialmente si se atravesaba el motivo de Religión; la audacia de algunos hombres arrebatados, su industria para hacer que los incautos abrazasen su causa y la seguridad con que hacían alarde de sus fuerzas, todo esto parecía exigir que se usase de una condescendencia estremada. El regente tomó el partido de disimular por algun tiempo lo que creía peligroso castigar de pronto, estando dispuesto, como él mismo lo dijo entonces, á hacer que los refractarios se avergonzasen de sus desbarros, ó á obligarlos algun dia á reparar sus desórdenes. Desde luego trató de reducir, á fuerza de favores, al cardenal de Noailles. Mandó que saliese de Paris el P. Tellier, nombrado confesor del jóven rey por su augusto abuelo; levantó el destierro á varios doctores adictos al cardenal; dejó muchos beneficios á disposición de su eminencia y le dió tales pruebas

de particular aprecio, que le puso al frente del Consejo de Conciencia de donde salieron aquellos nombramientos que dieron al partido algunos de los obispos que despues veremos fueron partidarios de las nuevas doctrinas y opuestos al Papa.

Entretanto uno de sus primeros cuidados fué escribir al Santo Padre, asegurándole que le trataría con los mismos miramientos y respetos que había manifestado constantemente el difunto rey á la Silla apostólica. Justificando en cierto modo su conducta con respecto al cardenal, daba á entender á Su Santidad que esperaba cortar á lo menos el origen de los disturbios en el espacio de un mes. En efecto, le había dado palabra el cardenal de que dentro de un mes, á mas tardar, le entregaría un edicto de aceptación. Pero sucedió con esta promesa lo mismo que con las anteriores. Se pasó el mes y no pareció el edicto ni se volvió á hablar de él. Lo mas singular es que las gracias concedidas con el objeto de facilitar la reunion, solo sirvieron para retardarla, pues se anunciaron en las gacetas del partido como una recompensa de la firmeza del cardenal en desechar la bula. Por todas partes se publicó que había encontrado en el príncipe regente un poderoso apoyo contra las violencias del Papa: que para desagrarle de las injurias que le había hecho la córte de Roma, se remitía el exámen de la bula al consejo ó tribunal de Conciencia, del que era presidente el mismo prelado; y que con la idea de proporcionar medios para aumentar su partido, se habían dejado á su disposición los beneficios. Hicieron tanto ruido estas imposturas y se divulgaron tanto que pusieron en mucho cuidado al Papa, como se vé por el breve que escribió al regente con fecha de 1.º de octubre del mismo año 1715.

En la asamblea que se celebró este año, condenó el clero las Exaplas y el Testimonio de la verdad. Con esta ocasion se armaron nuevos lazos para sorprender la sagacidad y

la religion de los prelados de Francia, por lo que esta asamblea fué muy tumultuosa. Se decía públicamente que los tiempos habían variado mucho, y que los constitucionarios debían temer los efectos de la autoridad de Noailles. No sirviendo las amenazas mas que para irritar los ánimos, se recurrió otra vez á las promesas, y se aseguró que el cardenal iba á aceptar la constitucion, pero con tal que no se diese antes la censura de dichos libros. Era muy sutil el lazo, y cayó en él el arzobispo de Narbona, presidente de la asamblea; pero los demas aceptantes que habían sido engañados tantas veces con esta falsa promesa, no quisieron convenir jamás en diferir la censura; con cuyo motivo se obstinaron los refractarios en pedir que á lo menos no se hiciese en ella mencion de la bula, pues les importaba mucho impedir que se ratificase su aceptación en unas circunstancias en que no podía pretestarse ya, como en tiempo del difunto rey, la falta de libertad para votar. Por otra parte, decidir sobre unos libros sumamente injuriosos á la bula, sin hacer mencion de ella, era confesar que tenía razon el partido para desacreditarla. Se la nombró, pues, y se la ratificó expresamente, á pesar de todos los esfuerzos y reclamaciones del arzobispo de Narbona, que, aunque era ortodoxo en el fondo, tuvo la imprudencia de presentarse como fautor de la novedad: de lo cual se arrepintió amargamente cuando vió en lo que había venido á parar su condescendencia excesiva y las promesas de los refractarios. Dada la censura, no omitieron estos diligencia alguna para impedir que se imprimiese, para que se colocase la minuta en parage de donde ellos pudieran extraerla, y para que no se distribuyesen copias á los varios individuos de la asamblea. Nada pudieron lograr en cuanto á este último punto, y se vió despues cuán necesaria había sido esta precaucion, porque en efecto desapareció de los archivos el original de una de las dos censuras, y á no ser por las copias entrega-

das á los prelados, no hubiera dejado de decirse que era imaginaria la condenación.

Con pretestos mucho mas débiles se movió á la Sorbona á declarar apócrifa la aceptación formal que había hecho de la bula. En vano se empeñaron los mas ilustres doctores en librarla de la ignominia de empañar el brillo de su adhesión á la Cátedra de San Pedro; se burlaron de sus temores los demas individuos, despreciaron sus consejos y se irritaron con sus representaciones. Hasta hubo doctores que al dar su voto acerca de la bula, dijeron descaradamente que aquel monstruoso decreto estaba respirando infidelidad, que era un documento execrable y una de las puertas de infierno, cuyos esfuerzos para prevalecer contra toda la Iglesia era necesario impedir. A fin de destruir, si fuera posible, hasta el menor vestigio de ella, sostuvieron que no la había aceptado la facultad por su acuerdo de 5 de marzo de 1714, porque nunca había sido capaz de faltar así á la Religión, ni de trastornar la gerarquía, las libertades de la Iglesia gálica y los derechos de la corona. Y usando de un refugio inaudito hasta entonces, distinguieron entre el registro y la aceptación, y convinieron en que la Sorbona había registrado la bula, pero negaron que la hubiese aceptado. Se procedió á la votación, y el resultado fué que era falso que la facultad hubiese recibido jamás la bula (1716). Quedaba, no obstante, una dificultad muy embarazosa para los que no se habían desprendido de toda rectitud y probidad; y era que en la minuta de los acuerdos se hallaba, como hemos visto, la palabra aceptación, del mismo modo que la de registro. Para desvanecer este obstáculo, se declaró falso y supuesto el acuerdo del registro, y como tal se borró de los libros. Pero nada se adelantó con esto, porque sabía todo el público por el mismo autor de los Exaplas, que la facultad había recibido la bula en 1714 por una pluralidad de quinientos veinticinco votos contra veintidos, y que cinco

días despues habia confirmado su acuerdo con las palabras terminantes de aceptacion y obediencia.

Indignado el regente de una conducta tan odiosa, tomó el partido de prohibir por algun tiempo á la facultad que celebrase ni aun sus juntas ordinarias. Varios obispos creyeron tambien que debian prohibir á sus diocesanos la asistencia á estas escuelas por ser unos manantiales de doctrina corrompida. El obispo de Tolon, en particular, declaró que no admitiria á las órdenes sagradas ni al estado eclesiástico á ninguno que estudiase en escuela que no hubiese recibido la bula, ó que retractase la aceptacion que hubiese hecho de ella. La facultad delató esta declaracion como escrito calumnioso, escandaloso y cismático, y mandó imprimir la delacion, la cual fué condenada á su vez por el obispo como injuriosa, no solo á los obispos de Francia, sino á todo el cuerpo del episcopado, y como herética si se entendia en un sentido contrario á la autoridad de la constitucion. Quería tambien el Papa usar de rigor contra la insolencia de unos simples sacerdotes que se erigian en jueces y censores de los jueces de la fé; pero se le hizo presente que esto seria echarlo á perder y acaso cumplir los deseos de aquellos clérigos atrevidos, escitados verosimilmente para llamar la atencion é impedir que se procediese con seriedad contra los obispos refractarios. Por tanto miró entonces con desprecio aquel atentado inútil, y solo despues de siete ú ocho meses, esto es, el dia 18 de noviembre de 1716, declaró á dichos doctores privados, hasta que se arrepintiesen, de todos los privilegios concedidos á la Sorbona por los Papas precedentes, prohibiendo á la facultad que confriese grados á nadie, pena de nulidad declarada desde entonces.

Recurriendo los prelados perseguidos á sus acostumbrados fugios, volvieron á entablar las negociaciones, y lograron que algunos

aceptantes tratasen de los medios de conciliar los ánimos. Se propusieron mil proyectos, pero siempre venian á parar á las esplicaciones que querian hiciese el Papa de su bula, y que no podian esperarse de un Papa tan perspicaz y tan firme como Clemente XI. Sin embargo, trajeron á la memoria que este Pontífice, indulgente en cuanto no se oponia á las leyes de la prudencia, despues de haber declarado que no daria esta satisfaccion á los refractarios, habia añadido: «A no ser que obedezcan antes.» Con lo cual se presumió que si le pidiesen las esplicaciones los obispos que habian recibido la bula, podria muy bien acceder á sus instancias. Veamos el uso que hicieron de aquella insinuacion del Papa.

Suplicaron, pues, los refractarios á algunos prelados aceptantes que los favoreciesen y se reuniesen con ellos á fin de conseguir del Papa unas esplicaciones que les facilitasen la sumision. Los aceptantes, que deseaban con vivas ansias el restablecimiento de la unidad católica, y se persuadian que los otros nada mas esperaban que las esplicaciones del Papa para someterse á la bula, les prometieron sus buenos oficios para con el Santo Padre, y se resolvió escribir á Su Santidad en nombre de todos los prelados que habian aprobado esta propuesta. Escribieron la carta los refractarios, y la presentaron á los aceptantes que habian prometido firmarla. Exigieron estos que se hiciesen en ella algunas correcciones, y se borró á su vista todo lo que les habia parecido mal, ofreciendo que no se haria uso de los pasages enmendados: despues de lo cual se les hizo firmar la carta en el mismo ejemplar que acababa de corregirse. Como ellos no sospechaban que pudiese abusarse de sus firmas, estuvieron esperando sin ningun cuidado la respuesta de Roma. Pasaron muchos meses en vana expectativa, hasta que al fin supieron por una Gaceta de Holanda, que se habia impreso su carta segun estaba antes de las correcciones que habian

exigido y que se hicieron en su presencia. Entonces conocieron con indignacion, que cuando el partido solicitaba sus firmas, solo pretendia persuadir al público que ellos mismos juzgaban insuficientes las esplicaciones dadas á la bula por la asamblea en que la habian recibido, y que en cierto modo tenian suspensa esta aceptacion hasta que el Papa tuviese á bien explicar su constitucion por sí mismo. Se avergonzaron sin duda de haberse dejado engañar en una causa como esta; pero si este rasgo de perfidia humilló á los que fueron víctimas de él, tambien llenó á sus autores de una verdadera infamia.

Tenia mucho interés la faccion en que no viese el público la minuta corregida de la carta, que segun habian dicho los refractarios, querian dirigir al Papa; y así, por mas diligencias que se hicieron nunca se la pudo sacar de las tinieblas en que la habian sepultado. Por fortuna se habian esparcido algunas copias, en las cuales se veia claramente que los obispos aceptantes que la habian firmado, lejos de variar acerca de su adhesion á la bula, persistian invariablemente en su aceptacion y la confirmaban en términos formales. Además, por las mismas copias que los partidarios habian esparcido por Paris, se vió que de treinta obispos que se aseguraba habian firmado la carta, solo habia diez y siete ó diez y ocho (comprendidos en este número los refractarios) que verdaderamente hubiesen puesto en ella su firma; y aun en este corto número hubo muchos que declararon falsa la relacion que de este suceso se daba al público.

Los obispos de Poitiers y de Lavaur protestaron contra la firma que se les atribuía manifestando que era una impostura. El de Poitiers dijo que le habian instado á que firmase, pero no constantemente que hubiese accedido á las instancias que se le hicieron. Aunque él se reservó (dijo) en la minuta de la carta que se comunicó, que los aceptantes ya no se separaban de

la aceptacion sincera que hicieron de la bula, y aunque vi que solo habian usado de esta condescendencia con sus hermanos para que á ejemplo suyo se sujetasen á ella, estaba yo tan persuadido entonces de que por eso no habian de mostrarse mas sumisos los obispos refractarios, y tan convencido de que no recibirian con mayor docilidad las esplicaciones que la bula á que eran relativas, que jamás quise unirme con los que habian resuelto pedir las. El obispo de Lavaur declaró, que á escepcion de la bula y de la Instruccion del clero que habia recibido en la asamblea de 1714, jamás habia firmado ningun otro escrito que tuviese relacion con este asunto.

«Por tanto (añadió), si se halla mi nombre con el de los diez y ocho obispos, cuyas firmas están en la carta que ha circulado por Paris, no ha habido ninguna razon para insertarle en ella.» El obispo de Mans confesaba que la habia firmado en casa del obispo de Auxerre; pero lejos de convenir en que al firmarla hubiese pretendido oponerse de ningun modo á su aceptacion, apelaba á la lectura de la misma carta, para demostrar que nunca habia pensado en semejante cosa. Luego que supo el obispo de Noyon que se abusaba de su firma para persuadir que se oponia á la constitucion, escribió á los eclesiásticos de su diócesis á fin de preservarlos del escándalo de esta calumnia. «Estad seguros (les decía) de que todos los que hemos adoptado este temperamento despues de haber recibido la bula, no hemos tenido otro designio que el de reducir á los refractarios á aceptar la constitucion. A ninguno de nosotros le ha ocurrido el pensamiento de variar en orden á su aceptacion. Cuando nos prestamos á admitir este arbitrio, no nos propusimos perjudicar á la Instruccion pastoral que firmamos en la asamblea, ni á la ejecución de los edictos que esperamos en nuestras diócesis á favor de la constitucion.»

Mas hizo el obispo de Agde, pues presentó la historia de esta capciosa carta y reveló